

*ciones de los años*, concluyendo con señalar las del mundo <sup>1</sup>. Conocido el tercero como obra de Obéid-Alláh, trataba de los cuatro planetas superiores, investigando los accidentes que causa en la naturaleza, y más inmediatamente en el hombre, la diversidad de sus aspectos. La suerte de los imperios y de los reyes, la desdicha ó prosperidad de los capitanes y conquistadores y hasta la mala ventura ó felicidad de cada individuo, todo está sujeto, según la doctrina de este raro libro, al movimiento, conjunción, color y demás propiedades de los indicados planetas, mostrando así que es una de las más exageradas aplicaciones de la astrología. Mandó el rey trasladar á Maestre Johan d'Aspa, y á Yehudáh-bar-Mosséh-ha-Cohen, é hizolo compartir en sesenta y dos capítulos, en los primeros días de 1259, sétimo año de su reinado <sup>2</sup>.

De la sencilla exposicion de todos estos libros se deduce: 1.º Que llamaron constantemente la atención del Rey Sabio los estudios astronómicos, promoviéndolos y premiándolos desde antes de subir al trono de sus mayores: 2.º Que no sólo mandó traducir las obras que más fama alcanzaban entre los astrónomos y astrólogos

1 Cita Bayer el códice que encierra este tratado, en sus eruditas *Anotaciones*, declarando que pertenece al siglo XIII. Custodiase también en la Biblioteca Nacional.

2 En la Biblioteca Nacional existe un bellissimo cód. de este raro libro, signado Bb. 119. También posee una copia, aunque incompleta, del siglo XVI, la Real Academia de la Historia, con la marca E. 26. g. 7.ª D. n.º 181. Al terminar esta noticia de las obras científicas llevadas á cabo bajo los auspicios de Alfonso, X, parécenos conveniente mencionar las traducciones latinas del *Quadripartito* de Tolomeo, que se conserva en la Biblioteca del Escorial, E. III. 4, exornada de las glosas de Alí Aben Ragel, y del citado *Libro de los Juicios*, que se guarda entre los prohibidos con el n.º 40 y el título *De Judiciis astrologiae Hali Abenraghelis filii*. Hizo la primera Gil de Tebaldos, y ayudóle en la segunda Pedro del Real. No juzgamos fuera de propósito el apuntar aquí que entre los Mss. del Marqués de Santillana, que existen hoy en la Biblioteca del señor Duque de Osuna, hay un tratado de astronomía con el título de *Micróloga*, sacado «del *Almagesti* et de *Alfragano* et de *Mosséh Alake* et de *Emebriz*», que habla del curso de los planetas. No consta que se escribiese por mandado del Rey Sabio; pero no creemos repugnante el sospechar que pudo serlo en su tiempo (Véase el n.º LXXVII de la Bibl. del Marqués de Santillana, pág. 624 de sus *Obras*).

árabes, sino que procuró ilustrarlas con nuevos tratados, impulsando de esta suerte los adelantos de la ciencia <sup>1</sup>: 3.º Que así para las versiones como para las obras originales, se valió de los más doctos rabinos españoles, empleando al propio tiempo los más insignes cultivadores de las disciplinas eclesiásticas, entre los cuales se contaron alguna vez entendidos extranjeros: 4.º Que en todos estos trabajos, notabilísimos por la época y por el pensamiento ilustrado que los anima, aparece don Alfonso como director inmediato, trazando y escribiendo los prólogos de cada libro, y según se ha notado antes de ahora y advierte el mismo rey, corrigiendo el lenguaje y poniéndolo en *castellano derecho* <sup>2</sup>. Los nombres de Rabbi Jehudáh Mosca, Rabbi Zag-ben-Yacub-Hatolaitoláh, Rabbi Jehudáh-bar-Mosséh-ha-Cohen, Rabbi don-Abraham y Rabbi Samuel-ha-Levi, figuran dignamente al lado de los de Maestre Guillen y Maestre Johan d'Aspa, Maestre Fernando de Toledo, Maestre Bernaldo, el arábigo, y el clérigo Garci Perez, personificando en este sentido el avenimiento y fusión que en aquella edad se opera entre las ciencias orientales y las ciencias hasta entonces cultivadas por los cristianos. Porque recordemos cuanto sobre este punto llevamos asentado: las disciplinas enseñadas en las escuelas monacales y clericales, siendo una derivación inmediata ó más bien una interpretación de las *Etimologías* de San Isidoro, no habían admitido ni podido admitir la influencia místico-cabalística que de tiempo antiguo caracterizaba todos los estudios de los árabes. Ciertamente es que tampoco habían podido hacer notables adelantos, si bien no les faltaron celosos cultivadores <sup>3</sup>; mas ni *el elixir de vida*, ni la *pedra filosofal* habían ex-

1 Dando crédito al prólogo del *Libro de la ochava Sphera*, que equivocó don Nicolás Antonio, y con él cuantos han hablado de estas materias, con el intitulado *de las Armellas*, tuvo el rey por «ayudadores á Maestre Johan de Messina et á Messer Johan de Cremona», así como se valió de Gil de Tebaldos Parmense. Mas debe tenerse entendido que estos escritores italianos se emplearon principalmente en poner en latín las obras traídas ya al lenguaje vulgar por los rabinos y los clérigos, doctos en el hebreo y el árabe.

2 Prólogo del *Libro de la Ochava Sphera*, cód. L. 3. de la Bibl. Nacional, fól. 1 v.

3 Entre los muchos cultivadores que tuvo desde principios del siglo la

traviado su enseñanza ni sus especulaciones, libres aun las prescripciones de la medicina del influjo de las estrellas, no envilecida la física con los fantasmas de la magia, desconocidos al par los delirios de la alquimia y exenta la astronomía de las aberraciones astrológicas. Sólo cuando el anhelo del saber impulsa al Rey Sabio en todos los caminos, y deseando recabar para su patria la ciencia de los orientales, manda trasladar al habla de Castilla los libros mencionados, comienzan á tener entre los discretos algun valor las artes difundidas en las antiguas escuelas cordobesas, bien que modificadas siempre por la doctrina defendida por la Iglesia <sup>1</sup> y templadas por la tradicional de San Isidoro, cuyos respetados *Orígenes* enriquecían al propio tiempo, segun queda ya consignado, la numerosa biblioteca española del rey don Alfonso.

Pero no se olvide que este era, y no otro, el carácter de los estudios y de las letras bajo los auspicios de tan magnánimo príncipe: explorar todos los campos, recoger en ellos cuantas flores podían embellecer el de la literatura y las ciencias castellanas, tomando por instrumento de buena ley el idioma de la muchedumbre..., tal fué el pensamiento que concibe y realiza en su largo reinado, á pesar de los disturbios que lo alteran, promovidos por la ambición y aun la ignorancia de los magnates, que ceden al cabo al influjo de la civilización, á pesar de sus feroces instintos, segun adelante mostraremos <sup>2</sup>. El Oriente y el Occidente se habían acercado en el suelo de España, para fundir en uno todos los tesoros de sus distantes civilizaciones; y penetrando en letras y en ciencias aquel espíritu de investigación que animaba á los árabes y había trascendido á los hebreos, aparecían revestidos de

filosofía aristotélica, tal como se conocía en las escuelas cristianas, no debe olvidarse á Pedro Hispano, muy celebrado al mediar aquella centuria, por su *Dialéctica* y su *Parva Logicalia*. Su autoridad fué acatada, tanto dentro como fuera de España, durante toda la edad media.

<sup>1</sup> No se olvide lo dicho en el capítulo XIV de la I.<sup>a</sup> Parte, respecto del libro de Virgilio Cordobés, traducido al latín precisamente en la época del rey don Alfonso. El *ars notoria* no penetró, ni podía en modo alguno penetrar en las escuelas cristianas, porque como la *geomancia* y *nigromancia*, era contraria al dogma católico.

<sup>2</sup> Véase el cap. I del siguiente volumen.

singular carácter, aspirando, bien que por diverso sendero, al fin de la enseñanza. Adviértelo así con entera certidumbre los libros simbólicos y los meramente didácticos, no menos que los científicos examinados en el presente capítulo; siendo ya imposible vacilar sobre la época, el camino y el modo cómo se refleja en la literatura vulgar de los españoles la literatura de los orientales, cuya influencia se limita sin embargo al círculo de los más discretos. Porque, necesario es dejarlo consignado para evitar nuevos errores: si fué posible al rey de Castilla traducir los libros de filosofía moral, en una y otra forma; si logró otro tanto con los científicos, recibiendo la doctrina de ambas fuentes en las obras que salen de su pluma <sup>1</sup>, ni la poesía popular, cuya significación dejamos ya reconocida, ni la poesía erudita, cuyas producciones quedan ámpliamente caracterizadas, se resintieron de esa imitación por entonces, conservando su espíritu y sus formas cristianas, como que no era cosa tan fácil, ni estaba sujeto á la voluntad de un solo hombre el cambiar en un día el aspecto de la sociedad, de que tomaba aquella inspiración y vida. Negar que desde este momento comienza á insinuarse en la poesía castellana cierta tendencia oriental, más decidida que la comunicada antes por los Sagrados Libros, sería no obstante en nosotros voluntario error, desconociendo la estrecha relación de las ideas, y más que todo olvidando el comercio de nuestros populares con las comarcas mahometanas y con los árabes sometidos en las regiones andaluzas al dominio del cristianismo. Análoga influencia se descubre también en las artes liberales; y á pesar de esto no pudiera asentarse sin doloroso extravío que cedió la arquitectura cristiana

<sup>1</sup> Notable es que el Rey Sabio, comparando en la ley 28 del tít. IX de la II.<sup>a</sup> Partida la corte de los reyes al mar, emplee para perfeccionar aquel símil las siguientes palabras, tomadas ya en consideración por uno de los hombres más doctos de nuestros días: «Bien assi como los marineros se guían en la noche oscura, por el aguja que les es medianera entre la estrella et la piedra et les muestra por do vayan, también en los malos tiempos como en los buenos, otrossí los que han de ayudar et de conseiar al rey, se deben siempre guiar por la justícia que es medianera entre Dios et el mundo».—Al leer este y otros pasajes de las *Partidas*, ¿quién no reconoce el carácter científico de la época, en que fueron escritas?

á la sarracena, ni aun que interrumpió aquella tradicion majestuosa que une las catedrales de Búrgos y Toledo con el magnífico templo de Sevilla <sup>1</sup>.

Mas el fenómeno literario de mayor bulto que se habia operado en medio de tantas y tan colosales empresas, era conforme llevamos repetidamente advertido, el prodigioso desarrollo de la prosa castellana. Al comenzar del siglo, prestábase esta apenas á la ruda y desconcertada redaccion de los cronicones: bajo el reinado de Fernando III ensayábase ya en la narracion histórica, aspiraba á servir de intérprete á la legislacion, y aparecia con cierto carácter didáctico, en los libros de filosofia moral, imitados de los orientales: impulsada en todos tres senderos por don Alfonso, mostrábase al declinar el mismo siglo, enriquecida de graciosos, elegantes y pintorescos giros, y haciendo gala al propio tiempo de no escasa severidad y sencillez, ofrecia una sintáxis fija y bien determinada, multiplicando los tesoros de la dición con el ejemplo de otras literaturas. Las lenguas griega y latina, hebrea y árabe concurrían al par á la realizacion de este hecho, memorable en nuestros fastos literarios, perfeccionando y dando flexibilidad, soltura, riqueza y pulcritud al romance castellano, segun dejamos ya advertido. Y era este resultado natural consecuencia de los ilustrados esfuerzos del rey de Castilla; porque dirigiéndose al par á todas las literaturas, para transferir á la castellana sus más preciadas joyas, pidiendo á unas las formas poéticas, demandando á otras las enseñanzas de la filosofia y de la moral, y buscando en otras la tecnologia y las prescripciones de la ciencia, hubo menester de nuevas y numerosísimas voces para expresar las ideas por él y por sus ayudadores adquiridas, legitimándolas

<sup>1</sup> Respecto de esta importante observacion pueden verse los capítulos V y XVI del *Ensayo Histórico sobre los diversos géneros de arquitectura en España*, por don José Caveda (págs. 129 y 268), sin olvidar lo ya indicado por nosotros respecto del *estilo mudejar*, que logra cumplido desarrollo al propio tiempo. Esta dualidad de la manifestacion artística, en arquitectura, no puede aparecer más conforme con la que ofrece el desarrollo de las letras en el suelo español desde el memorable reinado, cuya influencia en la historia de nuestra civilizacion hemos procurado bosquejar bajo tan varios como interesantes aspectos.

con el estudio de las etimologias, ya comprobado, y harto peregrino en verdad á mediados del siglo XIII <sup>1</sup>. Observar debemos sin embargo que, así como la influencia oriental, tan clara y palpable en esta época, se limita y circunscribe á los libros de los doctos, así tambien esta influencia filológica se refiere principalmente á las producciones de los eruditos, si bien, vinculada ya en sus obras, aparece cual legítima herencia de los escritores vulgares, que suceden al Rey Sabio en este y en el siguiente siglo <sup>2</sup>.

No fué en efecto estéril para la literatura nacional el loable ejemplo de tan ilustrado monarca, aunque generalmente se ha creído así por los escritores de más autoridad, tanto propios como

<sup>1</sup> Bocaccio, que florece un siglo despues, mostró igual empeño en el estudio de las etimologias, como acreditan todas sus obras, y en especial sus églogas latinas; pero si este esclarecido ingenio se preció de erudito en el griego y el latin, ni él ni otro alguno de los varones distinguidos que producen las letras italo-latinas poseyó en hebreo y árabe los conocimientos que ostentó don Alfonso. Sus estudios filológicos fueron el alma de aquel prodigioso desarrollo que recibió de sus manos la lengua castellana, si bien no pueden hoy aceptarse, segun ya advertimos, todas sus explicaciones etimológicas. El anhelo de buscar etimologias, ocasionado en toda edad y en cualquier estado de cultura á los más donosos errores, por lo mismo que tanto se interesa en él el amor propio y aun la vanidad personal, no podía dejar de ofrecer los mismos peligros en la época del Rey Sabio. Conveniente juzgamos advertir no obstante que se mostró con frecuencia mucho más acertado en las equivalencias arábicas y hebreas que en las griegas y latinas, lo cual determina perfectamente la naturaleza de sus estudios, caracterizando al par á sus ayudadores.

<sup>2</sup> Que la lengua arábica no comunicó desde luego á la castellana todo el caudal de voces que hoy reconocemos, lo prueba el traductor castellano de la *Divina Commedia*, citado antes de ahora, quien escribiendo á principios del siglo XV, decia estas textuales palabras: «Ay infinitos uocablos que unos non dizen como otros, nin los usan como en Castilla los asturianos é gallegos; é de cada parte ay sus diferencias como del Andaluzia á Castilla la Vieja, ó de Toledo á Zamora, donde non saben qué quiere desir *alhamud* nin *azendoque*, nin *çatt*, nin *albondiga*, nin *alcuscá*, nin otros infinitos, por que estos son nombres moriscos» (Bibl. Ecur., cód. ij. S. 13; fól. 36 v.). Si pues en el siglo XV no se habia logrado esa fusion en el idioma popular, ¿cómo es posible que la supongamos en el XIII?... Este irrecusable testimonio es de mucho peso para la historia de la lengua castellana, segun advertimos oportunamente.

extraños <sup>1</sup>. El movimiento que imprime á las ciencias y á las letras, contradicho primero por la insurreccion de su hijo don Sancho, y segundado despues con notable aliento por el mismo príncipe, al asegurarse en el trono de Castilla,—se propaga á las edades venideras, conservando el carácter que recibe de manos de Alfonso X, quien daba en los últimos instantes de su vida triste y dolorosa prueba de su varonil y rara elocuencia <sup>2</sup>. Echadas estaban pues las vividoras semillas; recogido en parte el fruto de tantos y tan meritorios desvelos, y conquistado por el nieto de doña Berenguela el más envidiable de los laureles. Su principal, su más constante anhelo se habia cifrado en labrar la cultura de sus naturales y vasallos: los medios, en cuanto atañe á la historia de las letras patrias, quedan ya detenidamente reconocidos: los efectos, producidos en la sociedad y en las mismas letras, ofreciendo larga materia de estudio, serán considerados y quilatados por nosotros en el siguiente volúmen.

<sup>1</sup> Véase el tomo siguiente, donde explanaremos esta importante idea.

<sup>2</sup> Aludimos al testamento, que ofrece pasajes escritos con tanta vehemencia como melancolia, sobre todo en lo relativo á la maldicion de don Sancho.—El P. Sarmiento indica que el rey don Alfonso escribió en los últimos instantes de su vida una *Vision que tuvo en Sevilla en 12 de abril de 1284*, y sospecha que tal vez sea la de *la cueva de S. Patricio*, de que habló en el *Septenario* (núm. 659 de sus *Memorias*). Declarando que existia en la Biblioteca Nacional, segun le comunicó don Juan Iriarte, hemos buscado en vano esta produccion y el códice que la encierra; pero si no nos es dado dar razon de ella, podemos asegurar que no tiene que ver nada con la *Vision de S. Patricio*: el *Septenario* se escribió sobre treinta años antes que la *Vision* citada por Sarmiento, si en realidad existe.

## ILUSTRACIONES.

### I.

SOBRE EL POEMA DE LOS REYES MAGOS,

conservado en la Biblioteca Toletana.

Manifestamos oportunamente, al dar cuenta de este singular monumento en la exposicion histórica (cap. I, págs. 17, 24 y siguientes) que era uno de los más antiguos poemas, escritos en lengua vulgar, de cuantos han llegado á los tiempos modernos. Indicamos al propio tiempo la idea de que pudo ser una de aquellas representaciones litúrgicas, con que la Iglesia atendia desde siglos anteriores á tener despierto en los fieles el sentimiento religioso; y esta indicacion merece llamar algun tanto la atencion de los lectores, por la misma razon de aparecer tan peregrino *misterio* en el idioma del vulgo.

Que se halla animado de intencion dramática, no puede ponerse en tela de juicio por cuantos hayan leído la exposicion que en el capítulo I del presente volúmen dejamos hecha: nada hay en efecto en todo lo conservado de dicho monumento que revele la intervencion del autor, como en los poemas narrativos: la forma expositiva es puramente la del diálogo; y en tal manera aparece éste dividido